

¿Y el futuro para la infancia del Darién?

Provincia de Darién, Panamá 4 de abril 2006 – Hoy, como todos los domingos, un hormiguero de niños y niñas y adolescentes, entre 6 y 18 años, recorren apresuradamente el Real, un pueblo del centro de la provincia panameña del Darién.



Latinos, afrodescendientes, indígenas de etnia Kuna, Emberá o Wounaan, que ya ni entienden ni se interesan por los enfrentamientos territoriales entre sus antepasados, se dan cita en un "ranchito", ideado por ellos mismos, que rápidamente se llena de color, títeres, música y baile.



Con esos útiles básicos, un grupo de adolescentes y adultos voluntarios estimula, desarrolla y da voz a una infancia que ha sufrido episodios de violencia de distinta índole. La motivación y el compromiso de estos jóvenes, muchos de ellos también víctimas de la violencia por la que recibieron tratamiento previamente, abanderan este programa de recuperación psicosocial que UNICEF y el Vicariato del Darién iniciaron en el área en el 2002.

Son muchos los casos de violencia intrafamiliar o abusos sexuales familiares que se dan, visible o invisiblemente, en esta provincia, cuya pobreza, inestabilidad e inseguridad se acentúa por el conflicto armado, vigente desde hace cuatro décadas, en la vecina Colombia. Varios son los pueblos panameños que se convierten en hogares forzados para muchos colombianos que, según datos de diciembre 2005 aportados por Yamilet Zachrifson, Asistente de Protección Infantil en la oficina de ACNUR (Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados) en Panamá, ascienden a 781 legales, entre ellos 407 niños, niñas y adolescentes; 41 personas más han sido contabilizadas por esta oficina en la zona aunque, por el momento, permanecen en un estatus "invisible".



Muchos también son los niños y niñas que, ya sean colombianos que huyeron de su país, latinos o de alguna de las etnias de la zona, no tienen registro de nacimiento. Entre las razones: viven en poblados lejanos al pueblo dónde deben inscribirse y al que no pueden acceder porque no

tienen la plata suficiente, o ignoran la importancia de la inscripción. Entre las consecuencias: quitar el derecho de la niñez a tener nombre, a ser un individuo reconocido y, como tal, a disfrutar de los servicios que el estado otorga como por ejemplo, la educación, salud y nutrición.

Hoy, Antonio tiene 16 años. Nació en Colombia pero llegó a Panamá, al Real, junto a sus hermanos hace 10 años huyendo del conflicto de su país. Con tono serio y nervioso, hace las veces de portavoz de uno de los grupos de voluntarios del programa de recuperación en el Real en el que participa desde hace 3 años. Sus compañeros, de todo tipo de etnia y de todo tipo de cultura, le miran y se ríen con vergüenza mientras le escuchan decir que él pronto termina la escuela y que tiene planes para seguir estudiando. Anyri es una panameña vivaracha de 16 años que termina también este año la escuela en Boca de Cupe, al este de la provincia. Con también 3 años de experiencia en el programa nos cuenta con una expresión fluida que la infancia encuentra en ellos apoyo y amistad. Ella también tiene planes: empezar el próximo año magisterio.



Ellos y sus compañeros son protagonistas y la esperanza de un programa que, frente a la inestabilidad, la pobreza e inseguridad de la zona, está reforzando y capacitando a todos los miembros de una comunidad para enfrentar crisis de todo tipo y para así forjarse un futuro.